

1932-1068

Elogio de la conversación

Un libro clave para situarse en el marco de referencia de su generación y el de nuestra relación con la historia reciente del país, con quienes la vivieron desde adentro, y el tema de cómo esa experiencia se vincula con el asunto de ser latinoamericanos, es este texto que recoge las conversaciones que Enrique Lihn y Pedro Lastra sostuvieron durante un fructífero tiempo.

Adriana Valdés

Conversaciones con Enrique Lihn, de Pedro Lastra (Santiago, Atelier Ediciones), tuvo una presentación auspiciosa, hacia ya algunos días. En la librería Altamira se juntó una constelación de personas diversas, vinculadas a estos dos autores. Como suele suceder desde la muerte de Enrique, hace ya dos años por estas fechas, se percibió la presencia de un duende inesperado y juguetón. En este caso, se materializó Claudio Giacconi, personaje mítico para los asistentes más jóvenes. Sus apostillas a las palabras de Jorge Edwards transformaron el acto, le dieron un suspenso teatral —y a la vez cordial—. No pudimos sino comentar, luego, qué *lihneano* había resultado todo: como si lo hubiera orquestado un Enrique Lihn ya duende, riéndose un poco de nosotros.

Jorge Edwards habló entonces del arte perdido o semiperdido de la conversación. Recordé alguna exposición de *ephemera* en el Metropolitan de Nueva York, y pensé en la conversación como arte efímero.

Una primera sección del libro *Prehistoria de un poeta*, recoge una galería de retratos de conversadores chilenos, en que se habla de oralidad como “el limbo de lo increado” donde muchos “agotaron sus verdaderas dotes”. Enrique Lihn dejó las suyas en sus libros publicados, vivió la vida de la escritura; pero este libro se celebra por haber tomado, casi al vuelo, en una “zona limítrofe entre el lenguaje oral y escrito”, una más de sus dimensiones, la de grande y gozoso conversador. Para quienes quieran entrar más en su obra, el libro estará por cierto lleno de datos claves, pero su interés no se detiene allí. Está todo el tejido de relaciones del que surge la obra, pero ese tejido de relaciones es también el de varios tiempos y espacios de nuestra cultura, articulados por un observador a la vez sagaz y apasionado.

Se echa de menos ahora el arte de la conversación. Alguna vez fue una forma de ir creando, persona a persona, un mundo de referencias: lo que un joven escritor decía, en este mismo suplemento hace unos días, que era la cultura que le faltaba a su generación. En ese sentido este libro es ejemplar. Quizás todos los fanáticos de la lectura debemos ese vicio a algunos iniciadores, a los que luego imitamos; a algunos gestos de los mayores, que nosotros, de jóvenes, fuimos repitiendo a lo mejor “de puros monos” y por puro gusto.

La conversación de los mayores puede no estar dirigida a los jóvenes; es mejor cuando no es didáctica. La experiencia de gran parte de la generación de Enrique Lihn no fue fundamentalmente universita-

ria, sino de autoeducación inspirada por un medio literario, por chispazos tomados al vuelo de conversaciones. Me da la impresión de que con este libro devuelve la mano, conversa, para que otros puedan encontrar algún chispazo que los lleve quizás por qué camino propio. Por semejanza, por diferencia; por contigüedad o por lejanía, este libro da un horizonte con el cual medirse y un conjunto increíble de estímulos. (Hace como mi padre, cuando yo era niña: hablarme de los libros como si yo supiera. Nunca he estudiado más fuerte que entonces, porque, claro, si él lo suponía, yo tenía que saber. Pero no quiero irme por esta pendiente, esto no es más que una divagación). El libro da a los jóvenes la oportunidad de asomarse a una conversación de personalidades mayores, en un nivel que sería un regalo encontrar en la vida cotidiana.

La vida de la imaginación

Nos van contando cosas, los dos interlocutores. Hay biografía, hay personajes, hay ambientes, pero sobre todo en relación con “la doble vida”, la vida de la imaginación. La historia de la persona de Enrique Lihn es vista como la historia de los materiales y las operaciones que van formando su peculiar imaginario: las lecturas, las ideas, las pinturas son las pasiones, y también las claves de otras pasiones. Sin ellas nada se entendería, y las historias personales no serían más que un rosario de lugares comunes.

Hay una narración que sirve de hilo, que es cómo se va formando esa mente, en contacto con qué

orígenes, y luego en contacto, diría yo, sobre todo con su propia obra, que fue su manera de irse entendiendo con el mundo. En torno a ese hilo se va armando todo el tejido de las referencias. Tal como el libro habla de una poesía *situada*, la propia experiencia con la literatura sirve de punto de mira.

Este es todo lo contrario de un libro *objetivo*: todo lo que se dice tiene lugar, fecha, y relación con los proyectos de escritura propios. Entonces, se toma partido, muchas veces en forma polémica; pero el tono predominante no es ese, sino el de la reflexión crítica, durante una época particularmente reflexiva de un hombre que siempre estuvo consciente de la importancia de la labor crítica en relación con la misma obra creadora. La profundidad de esa reflexión es particularmente interesante, como aporte cultural, cuando aborda el tema de la crítica literaria en Chile. No lo es menos cuando habla de Gabriela Mistral —antes de todas las revisiones críticas y conmemorativas del año pasado— dice que “el razonable lugar en que debiera colocarse está por descubrir, junto con ella misma”, y procede a explorarlo, junto con Pedro Lastra.

En estos temas, el libro configura especialmente bien la conversación como género. El papel de Pedro Lastra es más que el de *apuntador*, que con modestia se atribuye: es el interlocutor preciso, el que, preguntando y desintendiéndose, crea el lugar y el clima de la conversación.

Es notable, en este sentido, la consideración de Borges poeta, a dos voces que no están de acuerdo.

La posibilidad de una conversación de ideas, en el año 1978-79, era también una práctica intelectualmente liberadora, en que el valor del respeto y la amistad recíprocas hacían posible el espacio de la reflexión. Nuevo mérito del interlocutor preciso, sin el cual expresarse habría sido una tarea inabordable.

Un escritor, varios autores

El texto es una reedición. La primera, hecha en México en 1980, nunca circuló en Chile. Hay que decirlo especialmente, porque, al hablar de la obra de Enrique Lihn, las conversaciones por supuesto no cubren los últimos años.

Con eso se limita el registro de autores que fue (“un mismo escritor”, dice en la pág. 145, “puede ser varios autores”). Queda fuera el histrión, el autor y actor de teatro que terminó por desinhibir en sus últimos años, y el personaje dramático y marginal que toma la palabra en *Paseo Ahumada*, una obra aún insuficientemente aquilataada.

Otros dos autores están, en cambio, tratados, y diferenciados entre sí. Uno es el poeta, tal vez el más próximo al sujeto biográfico y su experiencia, pero que tampoco equivale al sujeto biográfico: “en general no doy cuenta de los mu-

chos momentos —llamémoslos felices— que no entran en la historia de mi escritura poética... las experiencias de base, que han originado la mayor parte de mi poesía, son verdadera o imaginariamente dolorosas”. Esta línea, nunca abandonada, la “representación solitaria y ‘auténtica’ de sí mismo”, se retomaría en el libro final, *Diario de muerte*, que reelaboró en 1988 muchas imágenes del tiempo de *La pieza oscura*. (Trabajo por hacer; aviso para exégetas).

Alrededor de 1975, también en la poesía comienza a abrirse paso otro autor, que hace de ella algo así como “un escenario donde se mueven múltiples y pequeños actores como en un teatro de mimos”, y con ello anuncia el desplazamiento de la escritura hacia una particular forma de novela. Incurriendo en una simplificación, podría decirse que del *yo individual* se pasa a un *yo social*, o, como solía decirlo riéndose en conversaciones particulares, se pasa de una *neurosis* a una *sicosis*. Enrique Lihn, en tanto autor de novelas, es otro autor, y su tema fundamental es otro: “el de la ominosa condición humana en Hispanoamérica”, que, dice, “nos acerca inevitablemente a la picaresca”.

Trabaja sobre las características de “marginalidad, inautenticidad y enmascaramiento” propios de nuestra condición latinoamericana; sobre “los injertos de toda especie del llamado desarrollo en el campo del subdesarrollo, y la disfuncionalidad consiguiente”. Su campo de trabajo es por supuesto el lenguaje, en este caso el lenguaje latinoamericano en cuanto inconsciente social, y el rastreo de sus monstruosidades y deformaciones, como terreno donde se revela la condición humana continental, antes calificada de *ominosa*.

En síntesis, un libro clave. Para estudiar a un escritor múltiple, por cierto. También para situarse en varios momentos de nuestra cultura. Entre ellos se pueden destacar el de los orígenes y marco de referencia de su generación literaria, y otro que no hemos resuelto y está en debate: el de nuestra relación con la historia reciente del país, con quienes la vivieron desde adentro, y el tema de cómo esa experiencia se vincula con el asunto de ser latinoamericanos, que es una pregunta permanente.

En el libro se dice que una de las características de América Latina es ser “un espacio histórico precario e incoherente que para empezar excluye toda forma positiva de continuidad, toda tradición viva”. Es, acota Pedro Lastra, “una permanente fundación sobre las ruinas”. Quisiera contradecir, desde el mismo libro, porque este es un aporte a una tradición que quisieramos viva; un punto de referencia para aprovechar. ■

